

LA VERDAD SOBRE
JACQUELINE Y PABLO PICASSO

Pepita Dupont

**La verdad sobre
Jacqueline y Pablo Picasso**

Prólogo y traducción de
Clara Pastor

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

Título original: *La vérité sur Jacqueline et Pablo Picasso*

© Pepita Dupont, 2014

© del prólogo y la traducción, Clara Pastor

Fotografía de la cubierta
Jacqueline y Pablo Picasso en
la estación de Cannes, 1956

© Editorial Elba, S.L., 2014

Avenida Diagonal, 579

08014 Barcelona

Tel.: 93 415 89 54

editorial@elbaeditorial.com

*Para María, mi madre,
y para Brigitte Benderitter,
sin la cual este libro no
hubiera visto la luz.*

ÍNDICE

Jacqueline, la nueva Egeria · 11

**La verdad sobre
Jacqueline y Pablo Picasso · 21**

Introducción · 23

Mi primer encuentro:
«¡La espero! ¡Ya llega usted tarde!» · 27

La infancia · 45

Encuentro con André Hutin
y primer matrimonio · 51

Nacimiento de Cathy, su hija · 55

África · 57

Le Ziquet · 63

Primer encuentro entre
Jacqueline y Pablo · 69

La vida con Pablo · 75

El rodaje de *El misterio Picasso*
de Clouzot (1955) · 91

Vauvenargues · 101

La boda:
«Me casé con el joven más guapo
del mundo, la vieja era yo» · 115

Vida con Picasso de Françoise Gilot
y Carlton Lake: florilegio de inexactitudes · 129

Cocteau la llama «mi Lola de Valencia»,
«mi cabrita del señor Seguin»,
«mi pequeña *ventre de biche*» · 137

La amistad con el editor
Pierre-André Benoit, llamado PAB · 155

Notre-Dame-de-Vie · 161

El último suspiro de Pablo:
«Mi mujer... es maravilloso» · 179

Después de Pablo · 193

La generosidad,
las donaciones de Jacqueline · 211

«Picasso, exposición inesperada dedicada
a los pintores» en el Museo de Arte
Kjarvalsstadir de Reikiavik · 221

Última exposición en Madrid
y donación de sesenta y una obras
de Pablo a España · 231

El suicidio · 241

El entierro en el castillo de Vauvenargues · 265

Después de la muerte de Jacqueline:
mi búsqueda de la verdad · 269

Epílogo:
carta a Jacqueline · 279

Agradecimientos · 283

Jacqueline, la nueva Egeria



Pablo y Jacqueline en La Californie, c. 1955

Sería exagerado decir que un editor puede decidirse a publicar un libro por una sola frase. No obstante, sí es cierto que cuando leemos un texto que nos cautiva, hay ciertas frases que permanecen en la memoria, que recordamos mucho tiempo después de haber terminado la lectura. Así sucede también con las imágenes. Las fotografías de Jacqueline y Pablo Picasso en La Californie, su casa de Cannes, son de las que permanecen en la memoria: Jacqueline enseñando pasos de ballet a Picasso; Picasso y Jacqueline sentados a la mesa, él dando de comer a Lump, su teckel, bajo la mirada embelesada de ella; Jacqueline y Picasso sonrientes en medio del desorden de cuadros, libros y papeles, diez días después de su boda secreta en el ayuntamiento de Vallauris. Podría decirse –de nuevo, a riesgo de exagerar– que son la viva imagen de la felicidad, como lo son de la desolación las de Jacqueline después de la muerte de su marido. De la felicidad solamente quedan como prueba esas imágenes: la verdad se la llevaron a la tumba los protagonistas de esa aventura. La prueba más contundente de la desolación es el suicidio de Jacqueline, trece años después de la muerte de Picasso: una forma turbadora de expresar la felicidad vivida, perdida e insoportablemente añorada.

Charles Dickens sostenía que es más fácil escribir sobre las miserias de los hombres que sobre su bondad. Que cuando el escritor trata de reflejar los aspectos más

felices de la vida corre siempre el riesgo de caer en la cursilería. En cambio, escribir sobre sus aspectos más mezquinos tiene recompensas más seguras, como pasar por un observador sagaz, por mencionar una. ¿Cómo hablar entonces de la felicidad que reflejan las imágenes de Pablo y Jacqueline Picasso en su oasis sin caer en la cursilería? Dickens tenía razón, no es fácil. Pero eso es lo que, con la voluntad de relatar fielmente lo que le fue contado, logra la autora de *La verdad sobre Jacqueline y Pablo Picasso*. De su profunda amistad con Jacqueline Picasso no hay duda, ella misma lo confiesa en los preliminares del libro. Tampoco de su objetivo: reivindicar la memoria de la mujer a quien los hijos de Picasso acusaron de secuestrar a su padre, a quien consideraban senil. El Picasso de las imágenes es indiscutiblemente un hombre mayor, pero no senil; por lo demás, Picasso no fue –y eso sí lo atestigua toda la literatura escrita sobre él– hombre de voluntad fácilmente doblegable.

Reconocida la amistad entre las dos mujeres, no parece que la autora pueda ser sospechosa de tener interés en defender su causa, ni siquiera la de la fama. Su libro, en Francia, le ha ganado más enemistades que aplausos, y en España, donde más que en cualquier otro país la figura de Picasso no es irrelevante, tarda siete años en ver la luz. Ignoro las razones, y la pregunta permanece junto con esa imagen de la felicidad de una pareja inmersa en su mundo que impulsó su publicación en español. Tal vez sea el oscuro episodio de la donación de cuadros de Jacqueline a España y su regreso a Francia, que todavía hoy sigue sin explicar y que dejaría en mal lugar al gobierno del mo-

mento. O tal vez la anécdota del entonces alcalde de Barcelona Pasqual Maragall, a quien Jacqueline invitó a Notre-Dame-de-Vie, y que exigió primero que se le quitara el marco al Picasso que Jacqueline acababa de regalarle para el museo de Barcelona y luego pidió que se lo embalaran para podérselo llevar cómodamente. Aunque puede que la explicación sea más sencilla, y me remito a Dickens: que los lectores prefieren recrearse en las miserias que leer una bonita historia. Porque lo que resulta tolerable en las novelas, en lo referente a las historias bonitas, lo es menos cuando la historia es supuestamente verdadera. La frase a la que hacíamos referencia al principio es de la propia Jacqueline y también llamó la atención de la autora, por terrible: «A la gente no le gustan las personas que se quieren, y con Pablo nos quisimos tanto...».

Es obligada aquí una mención al libro de Françoise Gilot, la mujer que precedió a Jacqueline en la vida del pintor, con la que Picasso no se casó pero con la que sí tuvo dos hijos, Claude y Paloma. *Vida con Picasso*, escrito en colaboración con el periodista Carlton Lake y publicado por primera vez en Francia en 1964, es un libro inteligente, sembrado de detalles jugosos y de mordaces observaciones de su autora. Cuando Gilot conoció a Picasso, ella tenía veintiún años, Picasso sesenta y uno, y su relato de esos primeros tiempos pinta un retrato poco halagador del pintor: celoso, déspota, ególatra; en suma, todos aquellos calificativos que el lector ya está acostumbrado a asociar con su figura genial y poliédrica. El libro sigue, en ese tono y con la misma fluidez, narrando los acontecimientos de los nueve años de vida en común, y lo interesante es que

el lector nunca tiene la impresión de que se estén exagerando los hechos para mantener su atención. No obstante, el hecho de que sea un libro inteligente y entretenidísimo de leer no debería impedirnos reconocer que en buena medida está escrito desde el resentimiento, pues hoy ya no hay duda de que la obra de Françoise Gilot es tan valiosa como inevitablemente sesgada. Si nos sigue seduciendo tal vez sea porque nos interesan y nos divierten las miserias que cuenta Gilot, o porque la imagen de Picasso que emerge de su relato es la que ya conocemos. Pero para ser justos con su autora, y su indispensable coautor –las malas lenguas dicen que ella no escribió una sola línea–, creo que lo que cautiva de su libro y lo que hace que haya vendido y siga vendiendo miles de ejemplares en todo el mundo, aunque la mayoría de sus protagonistas ya estén muertos, es que ofrece el relato de lo que fue, para ella, la vida con Picasso. Cuenta *su* historia.

Pepita Dupont, periodista de *Paris Match*, no es protagonista sino testigo, de modo que no elabora su experiencia sino que recurre a la documentación, la correspondencia y los testimonios (no sólo el de Jacqueline, sino el de muchos de los amigos comunes de la pareja) para sacar a la luz una parte de la vida del artista que había permanecido en la oscuridad, y mostrar de paso hasta qué punto el relato de Françoise Gilot está plagado de inexactitudes, cuando no de mentiras intencionadas. De hecho, Pablo Picasso quiso impedir la publicación de *Vida con Picasso*, y así lo cuenta Pepita Dupont en el capítulo que le dedica al libro. Él y Françoise Gilot llegaron a un acuerdo según el cual Picasso debía pagar un millón de francos franceses a

cada uno de sus dos hijos, a cambio de que Françoise renunciara a la publicación de su libro. Pablo pagó pero el libro se publicó. La trampa de la Gilot –a la que Picasso acabó apodando Julot (gigoló o amante, en francés) por sus muchos amoríos– es injustificable, y al mismo tiempo se entiende que Picasso quisiera impedir la publicación de un libro en el que salía mal parado y que dejaba al descubierto aspectos de su intimidad que deseaba proteger.

Es interesante comparar la versión de los hechos que cuenta Dupont (según la cual Françoise estaba furiosa por la unión de Pablo y Jacqueline, y no perdía ocasión de demostrarlo, directamente o a través de sus hijos) con la de Françoise Gilot, que a lo largo de todo su relato da a entender que Picasso no la dejaba marchar. En este caso, las pruebas están de parte de la primera y, por añadidura, de Jacqueline. Picasso guardó todas las cartas que le mandó Gilot –«Algún día pueden servir», solía decirle a Jacqueline– en las que ella le instaba a deshacerse de Jacqueline para recuperar su sitio junto al pintor. Es posible que el silencio de Picasso al respecto, que en definitiva podría ser un signo de que le costó poco olvidarla, sea el origen del resentimiento de Gilot. Aunque tal vez, como sugiere la propia Dupont, al resentimiento amoroso se sumara la envidia. Según atestigua una carta de Gilot a Picasso en la que le aseguraba que ella y Luc Simon, su marido entonces, eran «los pintores del futuro», se consideraba tan buena pintora como Picasso y lo culpaba de eclipsarla.

En las antípodas está Jacqueline. Ella vive para Picasso, cuando éste vive, y para la memoria de Picasso cuando muere, y toda su actividad parece destinada a

facilitar el arte de su marido, también después de su muerte, promoviéndolo con el fin de hacerlo llegar al mayor número de personas posible. Jacqueline no tiene otra ambición que vivir con Picasso. De hecho, vivir sin él se le hace tan penoso que, desde su muerte, sólo desea reunirse con él: la noche que lo entierran ella se acuesta sobre el túmulo cubierto de nieve vestida tan sólo con una bata blanca, deseando seguramente que se la lleve una pulmonía. Picasso, visto con los ojos de Jacqueline, se convierte en un ser excepcional, no sólo como artista sino como ser humano. Pablo quiere casarse con ella para asegurarse de que la dejarán cuidarlo si enferma y para protegerla cuando él ya no esté. Le enseña que hay que ser desconfiado con los extraños, por eso la hace permanecer muda hasta que comprueba que el terreno es seguro. Pablo bendice la cama antes de acostarse porque es supersticioso, y no contempla la posibilidad de volver a casarse, ni siquiera con ella, hasta que muere Olga, su legítima esposa. Cuida a todas sus mujeres, a ella la primera, pero también a las que la precedieron, y Jacqueline mantendrá su legado, incluyendo sus retratos en las grandes retrospectivas de su marido. Prueba definitiva de su amor, Pablo inventa para ella un nuevo año de nacimiento, treinta y cinco años antes del real, para que no se sienta excluida de su pasado. Ésa es la historia según Jacqueline.

La verdad sobre Jacqueline y Pablo Picasso es un libro muy distinto al de Françoise Gilot, y tampoco estoy segura de que nos cautive por los mismos motivos. El primero es un libro ampliamente documentado, una búsqueda exhaustiva de la verdad, tanto en lo que respecta a la rela-

ción entre sus protagonistas como a las intrigas de una complicada sucesión. El de Gilot no pretendía eso, sino más bien dar voz a su verdad y construir, de paso, un retrato demoledor del mito. En cualquier caso, lo que nos recuerda la lectura del libro de Pepita Dupont, como suele ocurrir con los relatos sobre hechos que ya se han narrado antes, es que todas las historias son siempre e irremediabilmente al menos dos historias. Lo que para una mujer había sido una cárcel, para otra era el paraíso. En palabras de Jacqueline: «Me casé con el joven más guapo del mundo, la vieja era yo».

CLARA PASTOR

Barcelona, enero de 2014

La verdad sobre
Jacqueline y Pablo Picasso



La autora con cabeza de Jacqueline, 1983

Introducción

Misterio... ¡Todo es falso sobre Jacqueline Picasso! Empezando por su fecha de nacimiento. Pierre Daix la rejuvenece un año y habla de la muerte de su padre cuando en realidad se trata de su suegro. Daix,¹ escritor e historiador del arte –que fue recibido en diversas ocasiones por Pablo Picasso y su mujer– sigue afirmando que Jacqueline es prima de Suzanne Ramié, cuando no tiene ningún parentesco con la propietaria de la tienda de cerámica Madoura, en Vallauris.

La profesora universitaria Elizabeth Cowling, que en 2002 organizó la retrospectiva «Matisse-Picasso» en la Tate Modern de Londres, reproducirá errores idénticos en los comentarios que acompañan la aparición del diario del surrealista Roland Penrose.

Y Françoise Gilot... Su libro, *Vida con Picasso*,² colecciona las mismas imprecisiones. Gilot llega a atribuirle a Jacqueline un color de ojos que jamás fue el suyo. No obstante, sus dos hijos, Claude y Paloma, nacidos de su unión con Pablo Picasso, la hubieran podido informar mejor: durante más de diez años llamaron a Jacqueline «nuestra mamá de vacaciones»...

A veces Pablo se enfadaba al ver a su mujer hacer de mamá sobreprotectora de sus dos hijos. Cuántas veces le habría escuchado decir Jacqueline: «Deja de

1. Pierre Daix, *Dictionnaire Picasso*, Robert Laffont, París, 1995, p. 712.

2. Françoise Gilot, *Vida con Picasso*, Elba, Barcelona, 2010.

mimarles, sabes perfectamente que ellos no te quieren». Cuando acusaron a Jacqueline de haber secuestrado a su marido, Claude y Paloma, a los que ella quería como si fueran sus hijos, enviaron un alguacil a Notre-Dame-de-Vie para constatarlo. Ese día, Pablo le gritó a Jacqueline desde la cama: «¡Échales, que se vayan al infierno!». De hecho, el día anterior había hecho venir desde París a su grabador, Piero Cromelynck, para que fuera testigo de que nadie le había secuestrado. Jacqueline y Pablo optaron por tomárselo con sentido del humor, pero con qué tristeza, cuando posaran tras la verja de Notre-Dame-de-Vie con los brazos extendidos entre las rejas como si pidieran auxilio ante el objetivo de Piero y su mujer, Landa. A Jacqueline la actitud de los hijos la hería profundamente, y jamás alcanzó a comprender por qué el empeño en calumniarla de ese modo. «No fui capaz de encontrar el modo de protegerme, y si tuviera que volver a vivirlo, aún habría puesto a más gente en la calle, como Pablo quería que hiciera. Él solía decirme: “Jacqueline, tú ofreces rosas y a cambio no recibes más que espinas”. Y tenía razón.»

Cuando muere Picasso, el 8 de abril de 1973, acusan a Jacqueline de no haber abierto la puerta a Pablito, el nieto del pintor. Un informe de la policía confirma que unos meses antes había intentado asaltar Notre-Dame-de-Vie con una banda de granujas amigos suyos. Pablito se había pasado dos días escondido en lo alto de un árbol observando las idas y venidas de los habitantes de la casa, hasta que al final le descubrieron. El joven intentó suicidarse ingiriendo lejía, supuestamente porque no se le permitió asistir al funeral de su abuelo. En rea-

lidad, el pobre desgraciado era toxicómano y resultó que ese día tenía el síndrome de abstinencia. Murió unas semanas después con un sufrimiento horrible.

Por supuesto, su hermana Marina, en su libro *Grand-Père*,³ se encarga de ocultar la dependencia de Pablito. Por otra parte, no hay nada que nos sorprenda en estas memorias deshilachadas y en ocasiones totalmente imaginarias.

Marina cuenta que cuando empezaban las vacaciones de verano, sus compañeros de clase del colegio Chateaubriand en Cannes les preguntaban si ella y Pablito irían a España con su abuelo. Pregunta a la que, según ella, respondía siempre que sí, cuando en esa época todo el mundo sabía que el pintor había jurado no volver a España mientras Franco estuviera en el poder.

A Jacqueline también le reprocharán haber prohibido a los hijos de Picasso, salvo a Paulo, el hijo mayor, asistir al funeral.⁴ Sin embargo, ella no hizo sino obedecer la voluntad de su marido, que no les perdonó que hubieran iniciado un proceso judicial para asegurarse de que heredarían su fortuna. Y eso que el pintor se había mostrado siempre más que generoso con ellos.

El 15 de octubre de 1986, trece años después de la desaparición del que durante dos décadas había sido el amor de su vida, Jacqueline se quitó la vida. Unos días antes había acudido al despacho de su notario en Cannes. Era una persona muy leal, que no sabía men-

3. Marina Picasso, *Grand-Père*, Éditions Denoël, París, 2001, p.127.

4. «Mon père ne voulait pas de défilé», *France-Soir*, 16 de abril de 1973.

tir y que cumplía siempre su palabra. Según sus últimas voluntades, su deseo era donar sesenta y una obras de Picasso a España. Pero, ¿hubo alguien que respetara la voluntad de una mujer honesta que, una noche de otoño más sombría que las demás, se disparó un tiro en la cabeza? Esos cuadros, después de pasar días retenidos en la frontera a causa de la tormenta de nieve que azotaba a España, regresaron a Francia.

Jacqueline es culpable de haber vivido veinte años junto al mayor genio del siglo xx. «Aunque hubiera estado sola en medio del desierto con una postal de un cuadro de mi marido en la mano, no me habrían perdonado el hecho de que Pablo me amara.»

Jacqueline jamás vendió una sola obra de Picasso, al contrario, más bien recompró unas cuantas, algunas de ellas firmadas con su esmalte de uñas.

En la celebración del vigésimo aniversario del Museo Picasso en París en 2005, me invadió un sentimiento de indignación. La exposición «La pasión por el dibujo» marcaba el aniversario. Bajo una de las vitrinas había un pequeño retrato de Jacqueline en un cuaderno de dibujo. No aparecía ni su nombre de pila. Y sin embargo el museo existe gracias a ella, fue Jacqueline quien eligió todas las obras que se encuentran en él y que salieron de su casa cuando murió su marido. Ni una sola palabra sobre Jacqueline Picasso. Ni siquiera figuraba en el catálogo. No se trataba de un descuido, sino de la voluntad de una familia de herederos de ocultar a una mujer sin la cual su padre, o abuelo, no habría vivido tantos años de felicidad creativa.